

SOBRE EL SUJETO

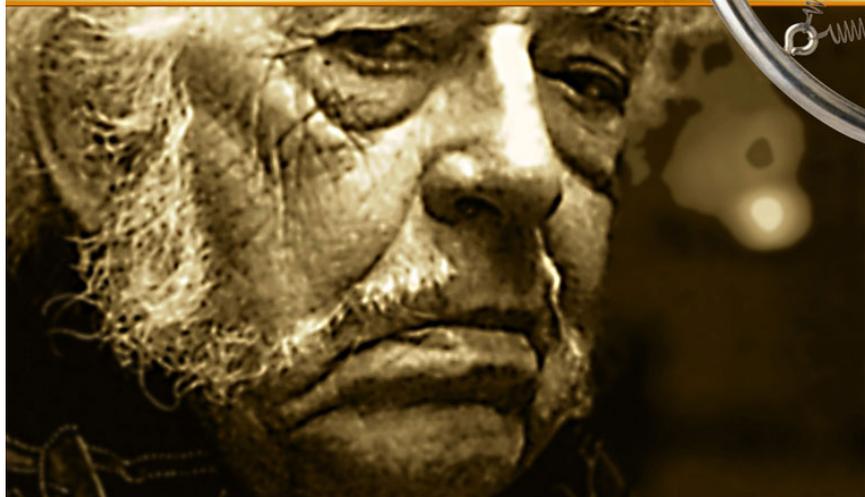
Universitat D'Estiu
GANDIA

6 - Septiembre- 1996

Conferencias



AGC



Habéis venido los que estáis aquí (bueno, salvo algunos que hayan venido simplemente a pasar el tiempo; lo cual, sin embargo, también tendría que ver con la cuestión), pero los que no estáis tan decididos a haber venido simplemente a pasar el tiempo, habéis venido a tratar en el día de hoy y en estos días de una cosa que se llama sujeto.

Para tratar de una cosa, está claro que esa cosa tiene que existir. Tratar de ello quiere decir hacerlo nuestro sujeto, en el sentido en que, sobre todo en inglés, se dice *subject* o *subject matter*, es decir, la cosa de la que se trata. «Sujeto» en este sentido no es tan frecuente en español, pero todos lo entendéis muy bien y en varias lenguas se ha desarrollado en esa acepción, la de *subject*, la de sujeto como materia, como asunto de que se trata. Es en ese sentido, justamente, en el que digo que para tratar de algo parece evidente que tiene que existir.

Para tratar de algo, para hacerlo en este sentido un sujeto de nuestro estudio, un asunto, un terna, está claro que necesita esto de existir. Podríamos preguntarnos incluso si existir, lo mismo que ser real, no vendrá a reducirse a esto de tratar de ello; si no existe sino aquello de lo que se trata, si es real sólo aquello de lo que se habla, si la realidad de las cosas consiste en que se puede hablar de ellas, si la realidad, en su conjunto, es el conjunto de las cosas de las que se puede hablar y, por tanto, tener una idea, tratar, etc. Entonces, resultaría que el sujeto existe. Pero esto, en seguida, aunque no le hayáis dado muchas vueltas al asunto, espero que ya desde ahora os suscitará ciertas perplejidades.

Estoy apelando, a medias, a vosotros como estudiosos y, a medias, como gente corriente; porque resulta que la palabra misma a la que estamos dando vueltas, es una palabra que se encuentra en esa situación intermedia: evidentemente, procede de la escuela, procede de la academia, procede de la cultura: no es ninguna palabra nativa; pero hace ya unos cuantos siglos que la gente en nuestras lenguas la ha adoptado. La ha adoptado hasta el punto de que, desde el siglo XIV, la ha reducido a las normas fonéticas del castellano, de modo que *subjectum* no se dice sujeto ni cosas por el estilo, sino que ha quedado como *sujeto*, lo cual es una prueba de aceptación corriente. Por eso, cuando os pregunto si el sujeto existe y, por tanto, podemos tratar de él, os estoy interpelando como estudiosos, más o menos, de cuestiones de éstas, pero también, lo que me importa más, como gente corriente, como gente que habla la lengua de cada día y que, por lo tanto, tiene que contar también en ese nivel con esto del sujeto.

La verdad es que en la lengua corriente, cuando el sujeto aparece, aparece, más bien, de muy mala manera (ya sabéis cómo), porque la gente prácticamente no utiliza esa expresión más que para decir de un fulano cualquiera que es un sujeto, que es un mal sujeto y, a veces, hasta un buen sujeto, pero en todo caso que es un sujeto, alternándola con otra expresión, la de «individuo», que también es una palabra culta, escolástica, filosófica, igualmente asentada, no obstante, en la lengua, y cuando la gente la emplea, la emplea así, hablando de un individuo, y cuando se habla de un individuo, pues ya sabéis que no se está diciendo nada bueno respecto a la catadura de la persona de que se trate. De este modo «individuo» y «sujeto» han venido a relacionarse en el uso corriente.

Como para mí lo más importante es esto, lo que está más abajo, entre la gente corriente, y sólo con respecto a ello tenemos que tratar de los usos escolares, filosóficos, científicos, hasta psicoanalíticos, de los términos; tengo que fijarme en esto de que, una vez adoptado hasta cierto punto por el pueblo el término, o los términos «sujeto» e «individuo», hayan tenido que pasar a este uso. Se ve que, aunque a cada uno de nosotros, en cuanto que es una persona, es decir, un sujeto que existe (porque ¿quién de vosotros no existe? Esta es la cuestión: ¿quién de vosotros no existe o por lo menos se atreve esta tarde, de repente, a declarar que no, que no existe, o, por lo menos, que no es tan seguro que exista), se ve, decía, que aunque a cada uno de nosotros le parezca muy bien esto del sujeto en general, o sea, algo de lo que se puede tratar fríamente, con esa imparcialidad de la ciencia, sin embargo, a los que están en el pueblo, no, eso no les ha colado, y que han concluido que, si había que hablar de cosas como éstas, de sujetos y de individuos, solamente se podía hacer hablando mal, un poco para denigrar y para insultar.

Si yo me pongo a ser aquí un sujeto existente, hubiéramos llegado al colmo: ya no podría, ni por casualidad, decir nada que fuera razonable ni que valiera la pena. Es posible, pues, que se haya hecho muy mal y que incluso vosotros hagáis mal en venir aquí como estudiosos a tratar del sujeto, dando por supuesto que exista. A lo mejor, si esto del sujeto tenía alguna gracia, es que no existía. Esto es justamente lo que le pasa a cosas como el pueblo, que no se sabe qué es. Lo hay, evidentemente, porque no todo son personas contadas, no todas las poblaciones son un conjunto de personas: lo hay; pero existir, no. Existir, no existe. Se ve que el pueblo tiene cosas mejores que hacer que dedicarse a eso de existir: eso lo deja para el sujeto y para gente por el estilo; pero el pueblo no existe propiamente. Y en el pueblo hay yo, porque yo, mientras no soy nadie, soy lo más popular del mundo. Yo, yo gramatical, es cualquiera. Es todo lo contrario de yo como Agustín García, por ejemplo: eso no sólo no tiene nada que ver, sino que incluso es lo contrario. Yo es lo más popular, yo es el lenguaje vivo, yo es el pueblo vivo, mientras no es de nadie y, por tanto, es cualquiera. A lo mejor, mirad por donde, resulta que eso del yo era el origen de donde partía toda esa falsificación que tenemos que tratar aquí bajo el título de «sujeto».

Yo que no es nadie, yo que por tanto no existo, o sea, yo. Si se trata de don Agustinito García o de cualquier otro fulano, por supuesto, existir, existo. Pero si no se trata de eso, si se trata de yo o de cualquiera que está diciendo «yo», o «me», o «mi», o «conmigo» en un momento cualquiera, y voy y vengo, si se trata de eso, entonces, ya me diréis cómo eso va a existir. Eso está funcionando todos los días, todo el mundo está diciendo «yo», pero existir, no existe. Como no existente, yo se contrapone a los yoes reales y, por tanto, según empezamos a vislumbrar, al sujeto, en los sentidos habituales de la palabra «sujeto».

Pero una vez que hemos, desde abajo, desde lo que nos queda de pueblo, dejado aflorar esta sospecha, conviene ahora que vengamos a estudiar la falsificación de los cultos, de los hombres de la escuela, de los filósofos, y ver hasta qué punto esta falsificación ha sido congruente o nos descubre contradicciones que pueden ser reveladoras de esto que, desde abajo, por otro camino, estamos sospechando.

La tradición es fácil de seguir en nuestro mundo. En Aristóteles aparece varias veces *hypokéimenon*. *Hypokéimenon* se traduce término por término al latín, como suele

sucedan, de manera que resulta *subjectum*. *Sub-* es *hypo-*, y *-jectum*, más o menos, es *-kéimenon*. *Kéimeñon* es una forma del verbo griego, *keimai*, que quiere decir «estar echado», «estar ahí», «yacer». En verdad, funciona como el perfecto de un verbo bien conocido, *títhemi*; de la raíz *the*, «poner», de manera que quiere decir algo así como «estar puesto». *Hypokeimenon* es, pues, lo que está puesto, lo que está puesto ahí; y *subjectum* es lo mismo, porque los latinos traducían como traducen los alemanes, tanto del griego como del latín, esas palabras, es decir, que cogiendo término a término fabrican la expresión correspondiente.

«Estar puesto», «lo que está puesto». «Lo que está puesto» está muy cerca del primer sentido que recordaba para la palabra, es decir, el tema. Justamente esta palabra, «tema», es de la raíz de ese *títhemi*; «poner», del que he dicho que *keitai* puede funcionar como una especie de perfecto pasivo, «está puesto». De forma que la relación es muy evidente, y este término de tanta fortuna, el término *thema*, tema, este cultismo, queda igualmente involucrado en toda esta cuestión. Es a esto a lo que alude Aristóteles cuando habla de *hypokéimenon*, a lo que está puesto como tema, aquello de que se está tratando. Puede ser simplemente muchas veces el tema de la discusión que nos trae, lo que se nos ha puesto como tema, y después se puede generalizar en varios sentidos, en los cuales ahora me voy a fijar, como si fueran dos vertientes distintas, la que va por el camino de la gramática, y la que va a ir por el camino de la filosofía, que no distingo de la ciencia.

Por el camino de la gramática el sujeto, *hypokeimenon*, deviene «el tema», como dicen ya desde hace muchos decenios los lingüistas, el tema de una frase bimembre, es decir, de una de esas frases en las cuales primero se enuncia con un término aquello de lo que se va a decir algo y, después, viene un segundo miembro para decirlo. Por ejemplo, dicen «La casa de tus abuelos, fue construida hace ya dos siglos» (un caso típico de los que les gustan a los gramáticos), o también «A la mujer del herrero, no le andéis con bromas», donde «la mujer del herrero» es un tema. Por cierto, no está en nominativo, según el gusto de los gramáticos, pero da igual: evidentemente, es el tema: «A la mujer del herrero, no le andéis con bromas».

Bueno, entonces tengo, con este motivo, que volver a hacer un poco rememoración de vuestros años escolares, de cuando os enseñaron o intentaron enseñaros, algo de eso que los gramáticos llaman Gramática, generalmente una cosa bastante maldita y bastante traidora. Pues, cuando los maestros os enseñaban qué quiere decir «sujeto» en Gramática ¿qué diablos os podían decir?, ¿cómo os lo hacían entender? Esta es la rememoración a la que os traigo.

Está claro que, por un lado, eran fieles a esta historia que os estoy contando: por un lado, tenían que decir que «sujeto» es aquello de lo que trata, si no la frase, por lo menos, -decían- el verbo (se suponía que tenía que haber un verbo por fuerza). Pero, claro, ya sabéis que esto no funciona, porque en este análisis escolar tradicional perverso (no lo olvidéis, perverso y equivocado), hay muchas cosas que se llaman sujeto y que, desde luego, no corresponden a eso; porque si os dicen «Esta mesa la hizo mi hermano el año pasado», pretenden que «mi hermano» es también el sujeto, y desde luego no es así, porque el sujeto es «esta mesa», que es lo que ha quedado como tema, y el proceso, lo que hizo mi hermano el año pasado, es el acto de la predicación,

y mi hermano será lo que sea, pero sujeto, en sentido de «tema», no. De manera que éste era el lío.

Entonces los maestros tenían que decir cosas como que el sujeto es el que realiza la acción del verbo, lo que ya es el colmo de la perversión. Pues cómo se pueda compadecer lo uno con lo otro, el sujeto en cuanto tema y el sujeto en tanto que agente de la acción, realmente es muy difícil de entender. Sólo por la gran necesidad de falsificación que también se da en la Gramática para ocultar lo que de verdad es el lenguaje de abajo, del pueblo, sólo por la necesidad que el poder y la cultura tienen de esta falsificación, podría explicarse. Si no, ¿cómo iban, confusiones tan evidentes, a mantenerse durante siglos, desde los antiguos hasta nosotros?

Esto nos lleva a la otra rama; porque, entretanto, la palabra sujeto, *hypokeimenon*, *subjectum*, y ya «sujeto» en las lenguas modernas, llevaba sus caminos en eso que he llamado filosofía o ciencia, que es una forma de lenguaje que trata de la realidad. Pues tanto la ciencia, lo mismo da si es una física, que si es una psicología, cuanto la metafísica o la teología, da exactamente igual: no son sino una forma de lenguaje.

Probablemente a un científico no se le ocurre recordar que una ciencia es una forma de lenguaje. Tampoco a un poeta se le ocurriría recordar que la poesía lo es. El lenguaje puede estar más o menos formalizado, ser más o menos matemático: da igual; es una forma de lenguaje. Es una forma del lenguaje que trata de algo que no es el lenguaje; por tanto, que trata de la realidad. Porque todas las ciencias, y toda filosofía, incluida toda psicología, toda metafísica, toda teología, tienen que pretender que el tema del que tratan no es esa ciencia que está tratando de él, sino que está fuera, de verdad, ahí; y luego viene y de una manera diligente, pero siempre imparcial e inocente, se dedica a hablar de ella.

Una vez entendido esto y su importancia para el sostenimiento del poder y, por tanto, de la realidad misma, tal vez sea fácil entender cómo por esta vía el sujeto se pervierte de maneras tan elocuentes. No podemos aquí olvidar el destino de la otra palabra, «individuo», que es una palabra que se inventó para traducir, también en este caso término a término, el griego *átomos*, «individuo», «indivisible», que primero se empleó, y entre los antiguos únicamente se empleó así, para hablar de los átomos de las teorías atómicas, de las físicas atómicas. Fue en siglos posteriores, en la Edad Media, cuando la palabra vino a aplicarse a los individuos de la gente, probablemente, porque se suponía que, así como las cosas de alguna manera están compuestas de elementos últimos e indivisibles, que son los átomos, así las poblaciones también están compuestas de elementos últimos, indivisibles, inanalizables, que serían los individuos.

Bueno, pues hete aquí que a lo largo de la especulación en estos últimos siglos, las dos palabras han venido estableciendo contactos cada vez más estrechos. ¿Cuál era el problema que a mí, según lo formulé un poco más arriba, se me presentaba? Es el problema de que estoy aquí, real, y que, sin embargo, no existo. Una situación como ésta comprenderéis que es incómoda para el poder y para los individuos; ésa es una situación insostenible. De manera que toda la historia de la especulación filosófica se puede entender en el sentido de salir al paso de esta indecisión, de esta contradicción que acabo de enunciar. Es preciso que el sujeto sea alguien que consista en algo: ¿porque si no, cómo diablos podría haber una filosofía, una mística del yo o cosas por

el estilo, como de hecho las ha habido? Tiene que ser algo de lo que se pueda tratar, hablar, aunque sea para decir después, al estilo de los místicos, que es inefable. Pero, si es necesario hablar de algo para decir que es inefable, ya veis el lío que se está armando. De hecho están hablando de ello mientras te están diciendo que no se puede hablar de ello.

De esta forma, por un lado, el sujeto tenía que ser algo de que se hablara, un yo del que se habla y, por tanto, un yo real; como cualquiera de vosotros lo es, por lo menos en su documento de identidad. De manera que, reales, sois reales, puesto que se habla de vosotros. Incluso se os computa de una manera más eficaz que el hablar: se os dota de un nombre propio mejor que todos los nombres propios: me refiero al número de vuestro documento de identidad; ¿qué mayor prueba de realidad puede haber?

Por otro lado, eso de que se habla tenía que hacerse idéntico con, que fuera lo mismo que, el que lo está diciendo: aquél del que se habla idéntico con el que habla de él. Este era el propósito. Sin embargo, el que habla no existe, no es real: es tanto más eficaz cuanto que no es real y así puede operar sobre la realidad. Si existiera, ya no podría hacer nada más que existir.

He aquí, pues, la absurda e imposible identificación de aquello de lo que se habla con aquél que habla de ello. Absurdo que, no obstante, se hace necesario lo mismo para el poder que para cada persona.

En último término, el yo vendrá a ser sobre todo el agente. Como tal se le concebirá en la filosofía: como el agente del pensamiento, del lenguaje, de la acción en general.

Esto nos permite volver a nuestras reflexiones sobre la Gramática. «Sujeto» era aquello de lo que se habla en una frase bimembre, y también, «sujeto» es el que realiza la acción del verbo. Pero en realidad, hay un tercer elemento. Una cosa es el tema de una frase bimembre, otra cosa es, en la organización sintáctica, lo que el gramático Tesnière llamó «el primer actante» (para entenderlo rápidamente, es el primer complemento de un predicado) y, luego, lo otro es el agente, es decir, lo que corresponde, más o menos, a ciertos usos del nominativo de las lenguas antiguas, que señalaban el agente efectivamente, en caso de que hubiera palabras de acción. Pero ¿qué quiere decir «agente»?

Un actante, es decir, el primer complemento de una frase, es alguien que está metido en el esquema sintáctico de esa frase, no es el que habla, pero está todavía dentro de la frase. En una frase como «Ha llegado con la cesta de peces la niña de los vecinos», el actante, es decir, el primer complemento que le hace falta a «ha llegado», es «la niña de los vecinos», sin la cual «ha llegado» quedaría enteramente desnudo. «La niña de los vecinos» será un ente lingüístico que forme parte de esa conexión. Pero, si se trata de que el sujeto realiza la acción del verbo, entonces, surgirán inmediatamente los problemas. Supongamos que tengamos que decir que «Andrógenes no mató al león», «Andrógenes», aparte de ser un tema, es el sujeto que mató, o no mató, porque es el que realiza la acción del verbo. Pero ahora ya no se trata de entidades lingüísticas: se trata de la realidad. Ya no se trata de términos lingüísticos: se trata de un señor y de un león y de un matar, y eso son hechos reales. Claro, como en este caso Andró-

genes no mató al león, entonces, resulta que Andrógenes tenía que ser el agente del no matar, cosa que últimamente a los maestros les trastorna, porque una cosa es decir «No mató Andrógenes al león» en el sentido de decir "No es verdad que Andrógenes matara al león», y otra cosa es decir que no matar al león fue algo que hizo Andrógenes. Y ¿qué hay si lo que queremos decir es que tu primo está todo el día tumbado en la cama? ¿Habremos acaso de decir que pasarse el día tumbado en la cama es una acción de la que el sujeto es tu primo?

Espero que veáis bien los tres pasos que ha habido en la evolución de la gramática, en el lenguaje. En resumen, se trata de que aquél que habla sea el mismo que aquél de que se habla.

Ya veis que nos hemos metido, sin daros cuenta, en el silogismo cartesiano. Fijaos bien en él. Aquí se trata, por supuesto, de una acción que es la de pensar. El *cogito* hace referencia a una acción que es la acción de pensar. Respecto a la segunda parte, Descartes dice *sum*, un verbo copulativo, a pesar de que hacía siglos ya que el verbo «existir» estaba inventado en las escuelas, el verbo existir, que aquí os he presentado como correspondiente a la noción de «realidad», y ésta, a su vez, como definida por ser aquello de lo que se habla. Sin embargo, por algún motivo, le pareció más limpio emplear la mera cópula sin predicado, al estilo de los filósofos antiguos, y decir *sum* (o al menos, en otra versión, «sum vel existo») cosa que los traductores, si no me engaño, de las lenguas europeas modernas no han podido mantener, porque siempre, si recuerdo bien, han tenido que emplear el verbo escolástico y decir «existo».

Yo no sé si hace falta decirnos mucho para que veáis bien la conexión de esto con todo lo que digo del sujeto. Recordad que había dos cosas: una era el yo real, aquél de que se habla, y otra cosa el yo no real que es el que habla y, en general, piensa, y, en general, actúa. De manera que aquí aparezco yo como una primera persona gramatical, del verbo pienso, que refiere una actividad: soy el que hablo, soy el que pienso, estoy hablando, estoy pensando; y se pretende deducir de ahí que existo o que soy de esa manera absoluta, es decir, que pertenezco a la realidad. O sea, justamente al revés de la verdad: porque aquello que habla es algo de lo que no se puede hablar. Esta mañana lo estaba recordando a propósito del lenguaje: aquello que habla es algo de lo que no se puede hablar porque, si se habla de ello, inmediatamente se le hace ser lo que no era: ya no es el que habla, sino que es aquello de lo que se habla. Exactamente, pues, al revés de la verdad.

Antonio Machado, por cierto, ya había vislumbrado algo de esto cuando en uno de los proverbios hace una referencia que, sin duda, oyó a algún teórico de su tiempo: «ya hubo quien pensó / *cogito ergo non sum*, / "¡Qué exageración!"», dice. Y, sin embargo, a pesar de la nota de "¡qué exageración!", esa reformulación sería bastante exacta. Estoy pensando, desde luego, pero no existo: si existo, ¿cómo voy a pensar? Me bastaría con pertenecer a la realidad, y para ello se tendría que estar pensando en mí, se tendría que estar hablando de mí.

De manera que os doy el ejemplo cartesiano como una de las notas más claras de hasta qué punto pudo llegar en aquel momento de la especulación filosófica y científica la necesidad de mantener esa falsificación, es decir, de confundir en la noción de «sujeto», el yo real, del que se habla, al que se nombra, al que se identifica, y el que hace todo eso, el que habla, el que identifica, el que nombra, que, desde lue-

go, nunca puede ser el mismo. Uno y otro se excluyen mutuamente. Uno es el agente del pensamiento, (y como el pensamiento y la acción son lo mismo, ya se comprende la conexión que se obtiene con la manía escolar de hacer que «sujeto» en una frase sea algo de lo que se habla y, al mismo tiempo, sea, primero, el agente de la acción lingüística y, en último término, el agente de la acción real a la que esa forma lingüística está aludiendo), y el otro, por el contrario, existe, puesto que es el objeto del pensamiento.